

ESCRIBIR ES UN DESTINO

Por Diego Arandojo

Marco Denevi no nació en 1922, como pregonan las solapas de los libros. Lo hizo en 1955 cuando ganó el premio Kraft a la mejor novela por *Rosaura a las diez*. Un clásico instantáneo, que poco después sería llevado a la pantalla grande por Mario Soffici. Casi de la noche a la mañana un ignoto burócrata de la Caja Nacional de Ahorro Postal, que escribía a las escondidas en su oficina, se había vuelto un escritor de renombre. Esto quedó rubricado en 1960 al ganar otro premio: el de la revista *Life* en español con su nouvelle *Ceremonia secreta*, que también sería llevada a cine, en este caso por Joseph Losey. Con el paso de los años Denevi continuó demostrando una altísima calidad narrativa y ese profesionalismo que lo caracterizaba al momento de escribir. Para él era algo casi sagrado, aunque fuera un profundo agnóstico. ¿Qué se sabe con exactitud de su vida? Poco, casi nada. Tanto en las entrevistas como en los encuentros casuales solía fabular. Esto lo ratificó su biógrafo, Juan José Delaney, autor de un importante ensayo sobre su derrotero literario. Denevi falsificó, es muy probable, por el mero placer de lo lúdico. Por eso vivía con intensidad la noche, siendo un habitante de ella. Era un porteño en regla. Hoy nos quedan sus libros, que aguardan una merecida reedición. Un despertar de la oscuridad para alcanzar, otra vez, la luz del mundo.